

JAVIER SANTOLOBO

ARCANOS

2 · BELLUM

Gribaudo

SIC INERA

UT INTUS

UT SUPRA

SIC FORIS

—+— PRÓLOGO —+—

Por las noches, las luces de Ciudad de Dirdam lo iluminan todo. Luces que crean sombras. Sombras que crean rincones oscuros. Rincones oscuros que crean el líquido amniótico y primordial en el que se mueve todo aquel que no quiere ser descubierto, que no quiere ser conocido. Ladrones, timadores, camellos, incluso asesinos. Incluso cosas peores.

Por las noches, las luces de Ciudad de Dirdam son especialmente poderosas.

Las sombras, también.

Es entonces cuando suceden cosas que no tienen explicación para la inmensa mayoría de los mortales, algo a lo que nos hemos habituado a lo largo de los siglos, y que tomamos como circunstancias del destino, un destino inescrutable y caprichoso que parece jugar con nosotros como si no fuéramos nada.

Y quizás sea así... Incluso para aquellos que creen dominarlo.

En una de las zonas más bulliciosas de la ciudad se encuentra el Edificio Metrópolis, un emblema de Ciudad de Dirdam, y, actualmente, hogar de La Torre, un lugar que no vive los días más apacibles de su existencia. Pero antes de que se construyera, antes de que la avenida de la Gran Vía se convirtiera en una de las columnas vertebrales de esta sociedad, allí se erigía la Casa del Ataúd, una construcción llamada así por su aspecto singular, y porque en su interior sucedían cosas extrañas. Y antes, mucho antes, la zona estaba dominada por jardines y huertas, pues era rica en arroyos, arterias de vida que hacían crecer la espesura y el progreso.

Junto a uno de esos arroyos, en el interior de una pequeña pero profunda vaguada, en algún momento olvidado de la historia se construyó un molino, uno que sirvió fielmente a sus molineros durante siglos, hasta que ese progreso lo sepultó bajo capas y capas de modernidad.

Sin embargo, como sucede con tantas y tantas cosas enteradas, el azar o alguna otra entidad superior acabaron por encapricharse con él y rescatarlo del olvido, y así fue como su destino quedó entretejido con el de La Torre. Y como su vientre volvió a llenarse de vida.

—Padre...

Argemira pronuncia su nombre bajito, pero allí no hace falta hablar muy alto para que alguien te escuche. Es lo que tienen las cuevas con un solo habitante.

Argemiro se levanta de la silla para recibir a su primogénita y sale de la antigua construcción de piedra que ha sido su hogar desde que su padre murió. Su padre. Argemiro.

Siempre ha habido un Argemiro en el Molino, independientemente de dónde se ubicara este. Antes de Ciudad de Dirdam fue Nueva York. Y antes, Londres. Y Florencia. Y Granada. Allí nació su linaje, en el siglo XIII, cuando la anterior familia custodia del Molino fue brutalmente asesinada. Cuando los Invertidos se hicieron con el poder por última vez.

—Padre, te traigo la comida.

«¿Ya es de noche?», piensa Argemiro mientras sale a su jardín personal, hecho de arroyo, de piedra, de musgo, de verdina, y de otras plantas que solo crecen en la oscuridad.

Argemira es poco más que una niña, perdida en ese breve espacio de tiempo entre la infancia y la adolescencia, pero ya se ocupa de que no le falte comida, sobre todo desde que a su mujer le diagnosticaran una enfermedad degenerativa e incurable. Muchas veces piensa que debería estar con ella, cuidarla, atenderla. Pero no puede.

Un Argemiro nunca abandona el Molino.

A la luz de las antorchas y las velas la piel de su hija se ve morena, aunque sea invierno, claro que la comparación resulta equívoca, casi injusta, pues a él no le da el sol desde hace décadas.

—Gracias, hija —le dice con cariño, aunque sin contacto físico, no sea que ella traiga alguna cosa de la superficie.

Un Argemiro nunca se pone enfermo.

—¿Todavía tienes chorizos? Te puedo traer más si quieres.

—Tengo un montón. Siempre tengo un montón. Siempre me traes un montón. A veces me pregunto cómo puede ser que no lo huelan desde ahí arriba en La Torre, o en alguna de las pocas ocasiones en que bajan a visitar este santuario.

—Te los traigo porque te encantan.

Es cierto. Le encantan porque le recuerdan a cuando vivía en la superficie y era él quien le llevaba los chorizos a su padre. Lo recuerda con añoranza. Casi con dolor.

Un Argemiro nunca se queja.

De repente siente un extraño escalofrío, como un aviso.

—¿No notas algo raro? —Le pregunta a su hija.

Ella mira a un lado y a otro, pero niega con la cabeza.

—No veo nada fuera de lugar.

Argemiro se concentra. Hay algo diferente en el ambiente, algo que le inquieta y que lucha por manifestarse, pero que no acaba de tomar forma.

—¿Es que hace más frío de lo normal? —pregunta la niña.

—No es eso. Es...

Entonces se da cuenta. Y se queda lívido.

—¿Lo oyes?

Argemiro empieza a parecer preocupada por su padre. No sería el primer Argemiro que pierde la cabeza tras tantos años de soledad.

—No...

—Yo tampoco.

Argemiro, nervioso, desanda sus pasos a toda prisa hacia el Molino, y se acerca a la imponente rueda con los veintidós símbolos arcanos grabados en sus radios.

Cuando su hija lo alcanza se da cuenta de que está temblando. La tenue luz de las velas que hay en el muro crea destellos sobre las gotas de sudor de la frente que han aparecido de la nada.

—Padre, ¿qué pasa?

—No se mueve —dice él, con voz trémula.

—¿La Rueda? —Pregunta, aunque al instante se da cuenta de lo que ha trastornado a su padre. Y se le eriza la piel de todo el cuerpo.

La rueda del molino de agua. La manifestación física de La Rueda de la Fortuna, el décimo Arcano del Tarot.

No se mueve.

Y La Rueda nunca se ha parado.

Nunca.

Nunca...

Pero hay algo más.

Argemira le pone una mano sobre el hombro para llamar su atención.

—Padre. El río...

Argemiro se fija en su perpetuo compañero.

El riachuelo. Sus aguas no avanzan. Se han quedado estancadas.

Eso era lo que le había resultado extraño. El silencio. Nada del suave pero profundo crujir de la madera. Nada del débil chirriar de su arcaico mecanismo. Nada del delicado murmullo de las aguas. Nada.

Nada.

Y eso no puede significar nada bueno.

Sus sospechas comienzan a hacerse realidad demasiado pronto, en cuanto empieza a llegar a sus oídos un lejano lamento.

Se le ponen todos los pelos de punta, le sobreviene una náusea repentina y siente que está a punto de desmayarse.

Su hija lo agarra, pero no tiene tiempo que perder.

—Corre, hija —le ordena.

Ella no pregunta. Sabe que debe obedecer ciegamente. Es parte del adoctrinamiento para convertirse en la próxima Molinera.

Un Argemiro siempre obedece.

Argemira sale corriendo de allí, saltando entre rocas y tierra y escombros cubiertos de verdín pertenecientes a diferentes siglos, entre las sombras que tan bien conoce, en busca de un pasadizo que ni los Arcanos saben que existe, y que conecta el mundo real con esta cueva de fantasía.

A Argemiro, sin embargo, le está costando reaccionar.

El lamento está cada vez más cerca. Junto con el sonido de pies. Muchos pies.

Un Argemiro nunca pierde la calma.

Tiene esa frase, como todas las de los mandamientos de su dinastía, grabada en la cabeza. Pero no sabe si ningún Argemiro, en ningún momento de la historia, tuvo que enfrentarse a algo así.



Como los muertos no hablan
ni sienten ni padecen,
yo estoy vivo y muriéndome
cada vez que te recuerdo ausente.

La voz desgarrada del Zíngaro me revuelve el alma, cantando una letra flamenca tras otra mientras descendemos por la antigua escalera de piedra con pasos que suenan a descenso al Hades. El pasillo, húmedo y oscuro, está labrado en la propia piedra, pero ya lo conozco, ya recorrí estos mismos escalones en compañía del Emperador. Es el camino que lleva hasta La Rueda de la Fortuna.

Como es tan estrecho, tenemos que ir todos en fila, uno tras otro. Una procesión de almas en silencio, por el respeto, por la tristeza, por el sinsentido. Yo voy de las últimas, en compañía de Tay, que parece no querer quitarme la vista de encima.

La comitiva la abre La Muerte, que alza sobre su cabeza una gran antorcha ceremonial surcada de símbolos antiguos, me pregunto si creada específicamente para este momento.

Casi todo el mundo lleva una vela, en la mano o en el interior de un farol. Es lo habitual en cualquier cortejo fúnebre. Lo único habitual que hay en este.

Adrian y El Loco portan el cuerpo, envuelto en telas de algodón, colocado sobre una simple plataforma de madera de madroño italiano. Parece el enorme capullo de una gran mariposa destinada a no volar nunca más. Tan inmóvil. Tan sencillo...

Me esperaba mucho más de un entierro como este, en el que se va a dar despedida a la persona que ha liderado a los Arcanos durante décadas, quien ha ocupado el Trono que ha entretejido desde las sombras los designios de la historia.

El Emperador ha muerto.

Y yo todavía no me lo puedo creer.

Las lágrimas corren por mis ojos como dos ríos desbocados. No le conocía desde hacía mucho, de hecho, muy poco (aunque me parece una eternidad), pero su asesinato me ha revuelto de manera exagerada. Quizás sea porque tengo las emociones a flor de piel, después de que mi amiga Paula estuviera a punto de morir también, prácticamente al mismo tiempo. Quizás por ese aire paternal que siempre mostraba, que me caló tan hondo desde tan pronto, y que me hacía sentir una calidez desconocida. Quizás porque su poder de Arcano se ha roto, disuelto en el universo, y eso nos tiene que afectar a los mortales sí o sí. O puede que sea porque, desde un punto de vista más egoísta, me acabo de quedar sin mi principal defensor en el mundo, aquel que ha conseguido que todavía no sea yo quien esté envuelta entre mortajas de algodón.

Dicen que la muerte es fría,
pero más frío es el suelo
donde descansa la vida
que fue consuelo de mi duelo.

Con esa letra llegamos al final de la escalera, y se abre ante nosotros ese espacio casi mágico que es la gruta que alberga el Molino, repleto, como la última vez que lo vi, de cúmulos de cera que llevan décadas creciendo, alimentados por los cientos de velas que alumbran el lugar, y las cientos de miles que las precedieron.

—Fue su expreso deseo que lo enterraran aquí —me comenta Tay poniéndose a mi lado, caminando ahora juntas en dirección a La Rueda de la Fortuna.

—Pensaba que los emperadores eran enterrados en mausoleos.

—No hay en el mundo mausoleo, camposanto, ni panteón más importante que este.

Tay, extrañamente, no muestra ninguna emoción. Me habla de forma totalmente didáctica, como si esto no fuera más

que una representación o parte de un documental. De hecho, ninguno de los Arcanos llora. Yo soy la única que no hace más que secarse los ojos y sorberse la nariz, algo que me avergüenza sobremedida entre tanto silencio reverencial. Puede que sea porque ellos están mucho más acostumbrados a la muerte. O a ocultar sus emociones.

Caminamos junto al Molino y lo pasamos de largo. Por el raballo del ojo veo una sombra que nos observa desde dentro, tratando de no hacerse notar. Es el Molinero. Nunca le he visto, pero sé que existe. Me pregunto qué pensará en un momento así.

La comitiva termina bordeando el riachuelo, haciendo levantar el vuelo de las pequeñas luciérnagas, hasta situarnos sobre un pequeño túmulo que crece frente a la enorme rueda de molino. Me fijo en que sobre las aspas de la rueda están los veintidós símbolos que representan a los Arcanos refulgiendo con su luz sobrenatural, uno de los cuales sigue apagado. El del Mundo. ¿Por qué sigue activo el del Emperador? ¿Acaso su poder continúa vivo en él?

El Sacerdote se detiene en lo alto de la loma y hace una señal a unos hombres que venían en la retaguardia, Copas, imagino, o Espadas, que enseguida se afanan en abrir un nicho en el suelo, igual de simple que la mortaja del difunto. Nadie pronuncia ni una sola palabra durante la larga y tediosa tarea, y el cuerpo del Emperador permanece en alto, pasando de unos hombros a otros para que los portadores descansen.

Cuando terminan, Iacobus abre un libro tan o más viejo que él.

—El universo crea mundos. Los mundos crean vida. La vida crea destinos —declama El Sacerdote con una voz que retumba en toda la gruta—. Pero algo más grande que el universo nos creó a nosotros para dirigir esos destinos y procurarles un sentido. Así cantan las palabras grabadas eternamente en el viento, desde el día del nacimiento del primer hombre y la primera mujer, desde su primera decisión. Pero el viento se transforma en huracán con la muerte de un hermano, y los vástagos de los mortales tiemblan con su azote,

pues son capaces de presentir que tiempos más turbulentos están por sobrevenir.

El Sacerdote cierra el libro y mira a los presentes. Menos a mí. A mí intenta evitarme.

—Así reza el Libro de la Providencia, y así se reza cada vez que un Arcano vuelve a ser uno con el universo, retornando su poder al lugar de donde le fue conferido.

Miro a mi alrededor y me pregunto qué demonios hago yo aquí. Aparte de mí y del servicio, solo distingo a unos pocos mortales, supongo que altos cargos de entre los Arcanos Menores. Pero el resto son todos Arcanos Mayores, incluidos algunos que no había visto hasta ahora.

—El Emperador era como un hermano para mí —prosigue Iacobus—. Más que un hermano. Siglos de amistad nos llevaron a crear lazos que ninguna familia mortal llegaría siquiera a imaginar. Por eso esta pérdida es más amarga para mí que la de cualquier otra persona que haya pasado por mi vida.

No me gusta su discurso. Habla como si lo importante de la muerte de Otelo fuera el sufrimiento que le ha dejado a él. Es la visión de cualquier ególatra. Continúa dando algunos detalles de su vida y de sus logros, pero el discurso siempre acaba volviendo a recaer en él. ¿Cómo puede un panegírico contener tantas veces la palabra “yo”?

No es el único en hablar. Adrian da un discurso precioso, todo un ejemplo de oratoria, y La Muerte nos deja claro que, por mucho que el cuerpo de un Arcano se pierda en las entrañas de la tierra, su poder nunca desaparece, al igual que su alma, que nos dejará marcados para la eternidad.

Y así, poco a poco, de forma solemne, después de las palabras de quienes han querido decir algo, llega el momento final, el acto común a todos y cada uno de los entierros. Entre El Mago, La Fuerza, El Ermitaño y El Colgado, hacen descender lentamente el cuerpo con ayuda de unas cuerdas, para dejarlo descansando por el resto de los tiempos.

A pesar de la simpleza de la ceremonia, me parece el momento más solemne que he vivido nunca. No solo por el hecho en sí. Por mucho que intenten disimularlo, todos estos

inmortales deben sentir correr por su interior una marea de emociones, y ese poder tiene que estar esparciéndose entre los mortales como la pólvora. Más de uno estará echándose a llorar en este preciso momento, y será incapaz de explicar jamás por qué.

Mientras dos hombres rellenan la tumba de tierra, La Muerte canta en su idioma materno, tan musical y desconocido para mí, una canción que me desgarraría aunque no entienda una palabra. Y una vez ha terminado, clava la antorcha que no ha soltado en ningún momento encima de la tierra fresca.

—Su luz brillará para siempre —dice con majestuosidad—, como los destinos de las almas que su virtud ha besado.

—Como los destinos de las almas que su virtud ha besado —entonan al unísono todos Los Arcanos.

Y todo mi cuerpo se estremece.

Como si esa hubiera sido la señal, la compostura guardada hasta el momento en el grupo se rompe, y comienza a verse algo de libertad en los movimientos de las personas que nos rodean y semblantes menos firmes, más afectados. Algunos hablan con quienes tienen al lado, mientras que otros van desfilando junto a la tumba de Otelio para depositar flores al lado de la preciosa antorcha, o incluso objetos como tributo.

—Ven, vamos —me dice Tay.

—No he traído nada, no sabía que... —trato de justificarme, ruborizándome, y pensando que tal vez tendría que haber supuesto algo así.

—No te preocupes. No tiene por qué ser nada especial. Solo que tenga significado para ti.

Me da vergüenza acercarme a su tumba a la vista de todos Los Arcanos, como si fuera una impostora en un lugar en el que no debería estar, pero también me la da contradecir a La Sacerdotisa. Así que camino junto a ella, subiendo los pocos pasos que nos separan del punto más alto del montículo.

Tay se quita una de las preciosas horquillas de filigranas doradas que flotan en su densa melena morena, y la deposita con cariño sobre la tierra.

—Es tu animal favorito —dice mirando fijamente a la antorcha—. Que el lobo te acompañe en los campos celestiales.

Entonces recuerdo que llevo en el bolsillo trasero de mi pantalón una cinta de audio, una para mi walkman con mis éxitos favoritos de 1999. No creo que vaya a poder escucharla allá donde esté, pero es algo mío, hecho por mí, y que valoro. No tengo nada mejor que ofrecerle.

Adrian me ve hacer el gesto, y me dedica una suave sonrisa comprensiva.

Casi no hemos hablado desde que sucedió... todo. Pero lo entiendo. ¿Qué es nuestra relación en comparación con la muerte de uno de los seres más poderosos del mundo? Pero comprenderlo no significa que su distancia duela menos.

—¡Quién te da derecho! —Ruge una voz.

No necesito darme la vuelta para saber que pertenece al Sacerdote, y que va dirigida hacia mí.

—Yo le he pedido que lo haga —me defiende Tay—. Así que, si tienes algo que objetar, me lo puedes comentar directamente a mí.

El Sacerdote da unos pasos hacia nosotras y Tay se pone delante de mí con un suave movimiento.

Iacobus me mira como si hubiera visto una mancha de chocolate en su inmaculada sotana blanca.

—He soportado con toda la entereza de la que he podido hacer acopio la presencia de este engendro en el adiós a mi gran amigo. Pero, ¿esto? ¿Mancillar su sagrada sepultura con una bagatela?

Intento responder, pero su voz me acobarda, me hace querer esconderme en un rinconcito donde nadie me encuentre jamás.

—Tú, mejor que nadie —vuelve a defenderme Tay—, deberías conocer el peso de los símbolos. No importa el valor económico del objeto que Hope haya depositado, solo lo que significa para ella.

De repente me doy cuenta de que tengo a Adrian y a Dante detrás de mí. Junto con Tay, forman un triángulo. Y yo, en medio. ¿Cuánta gente puede decir que está siendo protegida por tan inmenso poder?

Eso no parece amedrentar a Iacobus, que les dedica una mirada llena de desprecio.

—No entiendo la obsesión que tenéis por defender a esta mortal.

—Fue precisamente el Emperador, tu gran amigo —prosigue Tay—, allá en los Campos del Juicio, quien dictaminó que tenía que ser protegida a toda costa.

El Sacerdote esboza un gesto tan cruel que no creo que se haya inventado una palabra para describirlo.

—Y mirad dónde ha acabado. Muerto. Por culpa de la aparición de esta siniestra Anomalía sobre el tapete.

Adrian varía el orden del triángulo y se pone al lado de Tay.

—Suficiente, Iacobus. Ya has hablado demasiado.

—No me callaré hasta que se me escuche.

—Y se te escuchará. Como a todo Arcano que tenga algo que decir —entonces, con un gesto repleto de pena, señala el suelo a nuestros pies—. Pero no aquí. No ahora. Si tanto apreciabas a quien tan efusivamente has llamado “tu amigo”, estando a los pies de su póstuma morada ten la decencia, al menos, de respetar su último mandato.

El Sacerdote aprieta los dientes, tanto, que los escucho crujir, y se da la vuelta.

—Sois todos unos necios —nos deja como despedida.

En cuanto desaparece, el ambiente se relaja un poco, y me doy cuenta de que somos el foco de atención de todos los presentes.

Agacho la cabeza. Me siento fatal por ser motivo de tanta discordia. Y también por no haber sido capaz de defenderme.

—Muchas gracias a los tres —les digo— No sabía que... No sabía qué decirle.

Tay me pone una mano en el hombro.

—No es tu deber decirle nada, Hope. Un conejo no puede enfrentarse a un oso.

Me encojo de hombros.

—Eso díselo al oso.

—Hope tiene razón —interviene Dante, que hasta ahora había permanecido en segundo plano—. Ahora que ha muerto El Emperador, Hope necesita protección.

Adrian niega con la cabeza.

—Que El Emperador haya muerto no suprime la obligación contraída por todos en El Juicio. Iacobus no puede hacer nada en contra de Hope, no se atrevería a algo así. Seguiría costándole el destierro, o algo peor.

Dante suelta una sonrisita cargada de un evidente desdén.

—Lo peor de ser un santurrón es que uno piensa que todos los demás también lo son.

Adrian aprieta los puños.

—No te voy a conceder el placer de otorgar importancia a tus palabras, Diablo. Ni aquí, ni...

—Ni ahora, lo sé. Ya te hemos escuchado antes. Pero El Emperador está muerto, ya le da igual que nos reventemos a puñetazos, aquí y ahora, o que El Sacerdote se deshaga de Hope, quizás no aquí, ni ahora, pero donde sea, en cualquier otro momento. ¿No es cierto?

—Callad los dos —les ordeno.

Se me quedan los tres mirando, un tanto asombrados. Al igual que yo. Pero no habría sido capaz de sacar fuerzas para hablar así a dos entidades de poder cosmogónico si no fuera porque ambos parecían empezar a comportarse como dos adolescentes hormonados. Y con esos sí que estoy acostumbrada a tratar.

Me vuelvo hacia El Diablo.

—Dante, Adrian tiene parte de razón. Por mucho que me odie al Sacerdote, no solo hizo un juramento, sino que, además, y eso es para mí más importante, Otelo confiaba en él.

Me giro hacia El Mago, que no ha podido ocultar una leve sonrisa de satisfacción que le ha durado hasta que nuestras miradas se han cruzado.

—Pero Adrian, me parece que Dante tampoco está tan equivocado. Da igual cualquier juramento que se haya hecho, acaban de matar a Otelo, y si ha podido acabar con la vida de aquel que se sentaba en el Trono de La Torre, sesgar la mía no tiene que ser mucho más complicado. De hecho, ya ha sido amenazada desde diferentes frentes. Me siento indefensa. Es un hecho.

Ninguno de los dos parece contento con mi disertación, pero ambos la aceptan.

—Vente a mi casa.

La propuesta de Dante nos sorprende a todos.

Mi rostro adopta la tonalidad de la piel de un camaleón que ha caído en una caja de tomates maduros.

—¿Qué? —Preguntamos Adrian y yo al mismo tiempo.

—Vente a mi casa. Tengo una habitación de invitados, dos Espadas a mi servicio, y dinero para contratar a la mejor seguridad de Ciudad de Dirdam si hiciera falta. Yo me encargaré de que no te pase nada.

Adrian permanece en silencio, pero se muestra incómodo. Sabe que cualquier opinión que dé sobre el tema acabaría siendo malinterpretada. Una parte de mí siente pena y rabia porque no haya sido él quien lo hubiera propuesto primero. Tanto porque demuestra que ahora mismo yo no soy su prioridad (y lo entiendo perfectamente, no podría ser de otra manera), como porque habría aceptado con los ojos cerrados. Y ahora, después de que Dante haya lanzado su propuesta, él ya no va a decir nada.

—Te lo agradezco, Dante, pero no creo que sea una buena idea.

—La Anomalía vendrá a nuestra *Altepetl*—sentencia de repente La Muerte, que ha aparecido de la nada—. Allí mi comunidad la protegerá de cualquier peligro..., salvo de aquellos que ella misma se busque.

Esa última frase la apostilla con una mirada de reojo a Adrian y a Dante.

—Creo que es una gran idea, Isabel —añade Tay.

—Sí —dice Adrian, visiblemente aliviado—. Es una buena solución por el momento, hasta que la situación se aclare un poco.

Dante resopla.

—Como queráis.

Y se da la vuelta para irse a otro lado.

Adrian lanza una tosecita incómoda.

—Lo lamento, Hope, pero yo también me tengo que marchar. Todavía quedan muchos preparativos que hacer con

La Fuerza, disponer el tema de la sucesión, intentar dilucidar cómo ha podido acaecer algo así...

—No te preocupes, Adrian. Ahora mismo lo más importante es todo lo que ha pasado. Ya tendremos tiempo para...

—Isabel y Tay miran para otro lado, como si la conversación no fuera con ellas— para hablar.

Coge mis manos entre las tuyas con aprecio, y agradezco el calor de su piel como un oasis en el desierto.

—Gracias por entenderlo.

Le despido con una sonrisa forzada, los dos incómodos, sin saber si alguno debería hacer algún gesto más, algo menos frío, más cariñoso, pero se marcha.

Me quedo a solas con las dos mujeres, y ambas me dedican una mirada que lo expresa todo, que lo capta todo en la profundidad del silencio.

Me duele, pero al igual que Adrian, necesito centrarme en mis propias circunstancias, que no son pocas, y así quizás, quizás, pueda dejar de pensar en él. Porque tengo que superar la muerte de Otelo. Tengo que mudarme a casa de La Muerte. Tengo que ir a otro funeral. Y tengo que ir al hospital para estar junto a Paula mientras lucha por su vida.